

33
ANT
XIX
1272/5

MIGUEL DE LIÑAN Y EGUIZABAL

DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

EL
CRISTO DE LA MERCED

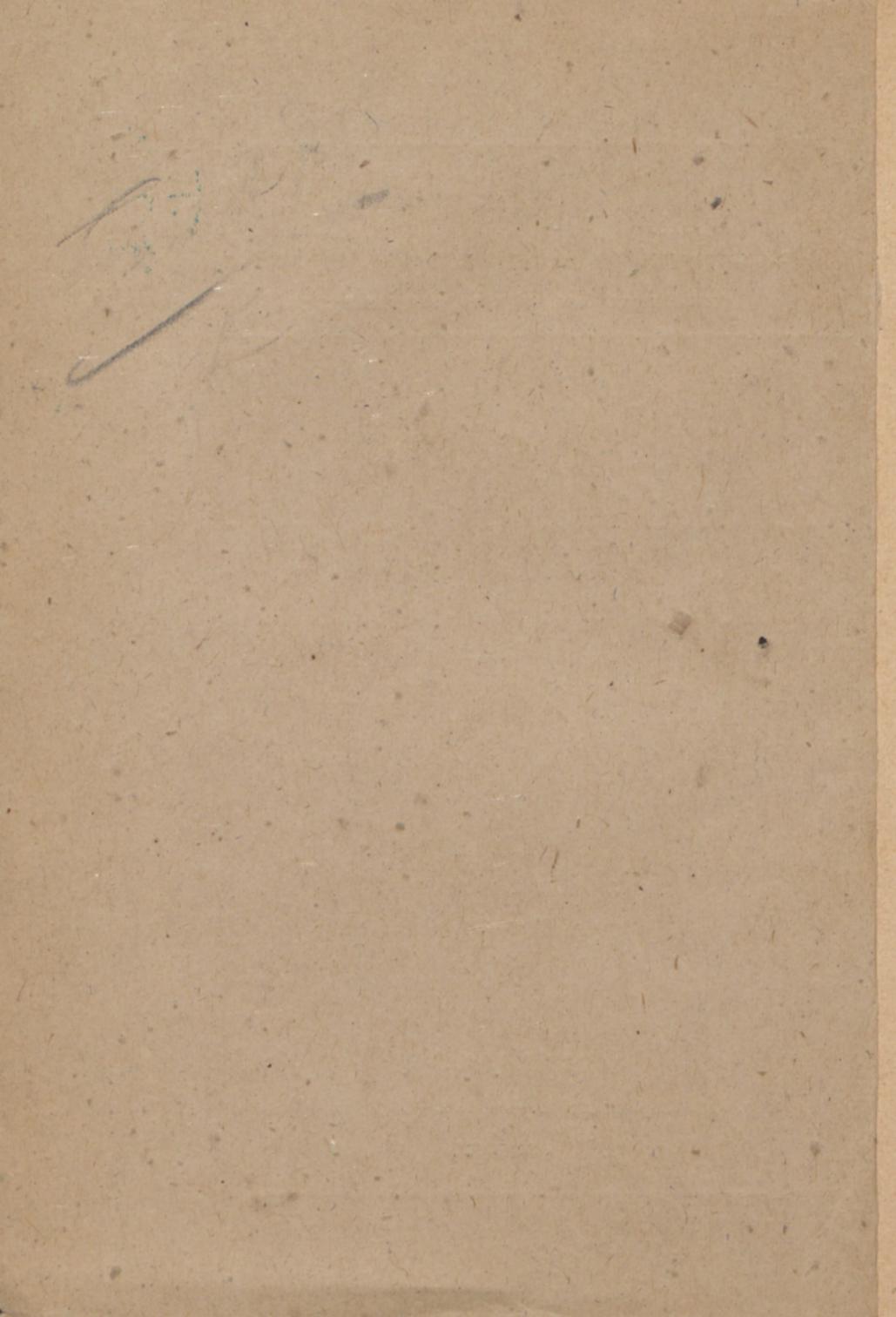
(TRADICION CORDOBESA DEL SIGLO XIV)

2.^a EDICION

BILBAO

Tip. Cat. de S. Francisco de Sales.—Imp. de *El Vasco*

1888



R. 10281

15 cm

MIGUEL DE LIÑAN Y EGUIZABAL
DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS.



EL CRISTO
DE LA MERCED.

(Tradicion cordobesa del siglo XIV.)

2.^a EDICION.

BILBAO:

Tip. Cat. de S. Francisco de Sales.—Imp. de *El Vasco*.

1888.

EL CRISTO DE LA MERCED



I.

Eran los días de terror y lucha
En que libraban su grandioso duelo,
Del Profeta las huestes maldecidas
Y las huestes del Cristo verdadero.

Gigante lucha de distintas razas
Que disputaron con furor inmenso
Hogar y Religion: brava contienda
Que vive tanto, como vive un pueblo.

Miran los unos de los pátrios lares
Profanado y maldito su terreno;
Los otros miran que su suerte mengua
Al ver las tierras que se van perdiendo.

Y mientras unos, con la cruz por norte,
De religion con el bendito fuego,
Van ganando la España palmo á palmo,
Por derribar á Satanás soberbio;

Los otros luchan con feroz coraje
Y con la media luna sobre el pecho,
Juran pagar á la cristiana gente
Venganza con venganza, hierro á hierro.

Cada muerte más ódios encendía,
Más gana de luchar y más desnudo;
Y anhelantes querían que llegase
De las sangrientas luchas el comienzo.

Tratan los moros, cual botín de guerra,
A los pobres cristianos prisioneros
Que ocultan en mazmorras, donde yacen
Como vil animal herido ó muerto.

Es de ver á los hombres hacinados
Sin luz, sin agua, sin lugar, sin viento,
Con pesadas cadenas que les doblan
Y no les dejan ni mirar al cielo...!

Y así yacen postrados hasta el día
Feliz de sus encantos y sus sueños
En que manos piadosas les rescatan
Y dan por ellos el mezquino precio;
O en que el Señor tal vez compadecido
Termina tan atroces sufrimientos,
Y como premio de su fé bendita
Los alberga magnánimo en su seno.

Y con valor y con constancia tienen
En Dios tan solo fijo su recuerdo,
Esperando que empiece su reinado
Cuando cese el fragor del fuerte acero.

En estos días de terror y angustia
Se siente á su pesar el mundo preso,
Y cual creencia general acatan
Que el fin del mundo llegará muy presto.



Y al mismo tiempo que en la antigua torre
Del bronce se percibe el triste acento
Que llama á la oracion y á la plegaria;
Al escuchar su sacrosanto eco,

Se escucha el fuerte y destemplado ruido
Que forman al cruzarse los aceros,
Y de la religion y de la lucha
Se sienten confundidos los lamentos.

Deja el abad la soledad del cláustro
Y empuñando la cruz de fuerte hierro,
Se lanza á la pelea y al combate
Con la enseña de Dios al aire irguiendo.

Y al terminar la denodada lucha,
Despreciando sus fúrias, el guerrero
Se cobija en la gótica abadía
Mientras cuelga su espada del trofeo.

Y el que altivo y bizarro en el combate
Luchó con más valor y cuerpo á cuerpo
Cuando sólo el peligro le cercaba
Y solo muerte pregonaba el viento,

Humilde se arrodilla y triste llora
Del santo Dios ante el poder inmenso,
Y por la altiva bóveda resuena
Tierna oracion y fervoroso rezo.

La espada con la cruz marchan unidas
Como forjadas por el mismo fuego,
Y es descanso del hombre, si descansa,
La gran muralla ó el oscuro templo.

Bajo el tosco sayal de la capucha
Se oculta á veces el arnés de hierro,

Y las manos que á Dios en hostia alzaron,
Alzan para matar el fuerte acero.

¡Terrible edad de lucha y de pelea!
¡Terrible edad, pero glorioso tiempo!

Entre el polvo naciste que formara
Al caer, la grandeza de un imperio;

Y de otro imperio el polvo de sus ruinas
Formó gran nube que ocultó tus hechos,
Y entre la cual apareció más tarde
De tu sol hermosísimo el destello.

II.

Al terminar la vereda,
Que parte de Guadarrama
Y oculta los olivares,
De Córdoba la sultana,
Se ve en los aires alzarse
Como si al cielo besara,
La torre de una abadía
Que como vijía guarda
De la morisca ciudad
A las gentes y á las casas.

En una alegre extension
Está Córdoba situada;
La riega el Guadalquivir,
Sierra Morena la halaga,
Y el verde de su campiña
Y de su cielo la calma,

Forman un contraste hermoso
Que la alegra y engalana.
Arrancóla del poder
De las huestes musulmanas
Un santo rey conocido
Por sus hechos y su fama,
Y cuenta de la leyenda
La tradicion empolvada,
Que al llegar á sus oídos
El gran aprieto en que estaba,
Pues al cerco se rendía
De la cruz bajo las plantas,
Sin perder un solo instante
De todos hierros se calza,
Y dice á los caballeros
Que le asisten y acompañan:
«El que quiera sígame
Que voy sin perder jornada,
Pues quiero ser el primero
Que la salute cristiana.»

Saliendo de la ciudad
Por una puerta artillada,
Y la cuesta de Luxan
Atrás dejando en la marcha,
Se llega junto á la vega
De esta dichosa comarca
Do el templo de la Merced
Entre olivos se levanta.

Dirije de este convento
La regla y en él la guarda
Entre oraciones y rezos
Que dan dulce paz al alma,
El santo comendador,
Fray Juan Lopez de Granada,
Amado por sus virtudes
En toda aquella comarca.

El rescate de los fieles
Que presos por su desgracia
Bajo la furia cayeron
De las huestes musulmanas,
Es el principal cuidado
Que tiene esta gente santa.

Y á fuerza de mil desvelos
Y tras de continuas ánsias
Mirando siempre cual norte,
La fé que tienen jurada,
Practican la caridad
Entre la grey castellana
Y ponen con ella fin
Del cautivo á las desgracias.

Allí donde gime alguno
Arrastrando las pesadas
Cadenas del cautiverio,
Acuden en su demanda
Y con indecible gozo
A los moros les rescatan,
Dando á Dios un hombre más
Para defender su causa,



A la familia su hijo
Y otro soldado á la pátria.
Y por eso á todo el mundo
Fray Juan Lopez de Granada,
Infundé veneracion
Y respeto su palabra,
Que al que da la libertad
Que al ser humano engalana,
Al que libra del tirano
Cuyo solo aliento mancha;
Y libre nos deja el brazo
Para manejar la espada;
Y con ella colocar
De la cruz la enseña santa,
Sobre los altos pilares
De toda grandeza humana,
Es poco si le ofrecemos
La sangre de las entrañas!

Respeto infunde tan solo
Del Padre Juan la mirada.
Entre las oscuras sombras
De una capucha, que tapa
De la cabeza el contorno,
Mostrando solo la cara,
Se ven agudos perfiles
Cubiertos de sombras pálidas:
Y brotando de sus labios
Leve sonrisa, tan vaga,

Que al par indica dulzura
Que penitencia señala.

Bien se muestra del cilicio
En Fray Juan la huella clara!
Bien denota su apostura
La grandeza de su alma!

Ya corriendo las fronteras,
Ya en las enemigas plazas
Donde sufren los cautivos
La triste prision que mata,
O bajo la oscura bóveda
De aquella abadía santa
Alzando al Sumo Creador
La fervorosa plegaria,
Socorriendo al desvalido,
Dando al corazon la calma,
Así un día y otro día,
El buen Fray Juan de Granada,
Sin cuidar de sufrimientos
En austera vida pasa.

Y al terminar de la tarde
La luz mortecina y vaga
Cuando principia el silencio,
Cuando ya la luz acaba,
En ese instante sublime
Que es la línea que separa
La claridad de la sombra,
La variedad de la nada,

Y en que parece sentirse
Del mismo Dios la voz magna
Diciendo—aquí Yo termino—
Y entre mil sombras nos habla,
De la abadía en la torre
Suena lenta la campana
Que anuncia, que para orar
La comunidad aguarda.

Suspenden los campesinos
El quehacer de la labranza,
Del barrio de la Agerquía
Hombres y mujeres bajan,
Que todos quieren orar
En esta bendita casa;
Pues son los tiempos revueltos,
Mucha gente es la que falta
Y no es albergue seguro
El campo de las batallas.

Y allí entre santos varones
Su ferviente rezo alzan,
Las madres por aquel hijo
Que les costó tantas lágrimas,
Por su sosten el anciano,
La jóven por el que ama;
Todos lloran al ausente,
O penas que nunca faltan.

Y encuentran grato consuelo,
Así su penar se calma,
Pues en aquellas edades
De *oscurantismo y desgracia*,

Y en que no alcanzó la ciencia
Cual hoy extension tan vasta,
Eran dichosos, teniendo
Fija en su Dios la esperanza.

III.

En Castilla y en Leon
Tras minoridad sangrienta
Reinaba Alfonso el onceno,
Nombrado por su firmeza:
El que humilló en el Salado
La media luna altanera,
El que colocó en Tarifa
De Jesucristo la enseña,
El que supo dar á España
Despues de muchas revueltas,
Sus leyes, su poderío,
Y su perdida grandeza,
Ganando más territorios
Y ensanchando sus fronteras.
El poder y la arrogancia
De las huestes agarenas,
Con furor desafiaban
A las cristianas banderas,
Y validos unas veces
De nuestras luchas internas,
Y otras veces ayudados
De conocidas flaquezas,

De funestos extravíos
O prolongadas regencias,
Sin piedad talan sus campos,
Entrando á saco sus tierras:
Sin pensar que un pueblo altivo
Que ama su fé y la respeta,
En calma el tiempo estará
Que sus recuerdos le aduerman;
Pero ¡guay! del triste día
Que sus dolores le inquietan,
¡Ay! del día que en sí vuelve,
¡Ay! del día en que despierta.

El colocará el acero
De sus hijos en la diestra,
Él sabrá vengar su ultraje,
Lanzarlos á la pelea
Y hacerles verter su sangre
Para reparar la ofensa,
Formando con cuerpos muros
Que su santo hogar defiendan.

Así, tras continuas luchas
Y tras batallas sangrientas,
Uños y otros sin piedad
Descarnizados se inquietan,
Y sigue á una lucha otra
Que más su furia espolea.

¡Ay! de los tristes que caen
Cual despojos de la guerra
Bajo el morisco poder
Que en su adversario se ceba,

Como indómito leon,
Que ya cogida su presa,
Al verla bajo su yugo
El furor hircano muestra.

En las oscuras mazmorras
De la plaza de Antequera,
De los moros granadíes
Límite de sus fronteras,
Sufren atroz cautiverio
Arrastrando sus cadenas,
Muchos míseros cristianos
Cogidos en la pelea.

El fiero alcaide Abdallah,
De memoria bien sangrienta,
Desde que taló los campos
De Écija, Osuna y Estepa,
Como su dueño y señor
Defiende esta fortaleza.

Duro rastrillo la guarda,
Ancho foso la rodea,
Gruesos muros la sostienen,
Muchos esclavos la pueblan.
Al aire la media luna
La domina en sus almenas,
Y bajo sus negros antros
Los prisioneros encierra.

Cada vez que una algarada
O alguna embestida nueva

Con sangre mancha el terreno
De su deliciosa vega,
Se baja el alto rastrillo
Y por cima de él penetran
Los que mueren defendiendo
La religion verdadera;
Cual gigante que al llegar
Su homenaje le rindiera
Bajando su altiva frente
Hasta tocar con la tierra;
Y en continuos sufrimientos
Que no vencen su flaqueza,
Espían su mayor gloria
Como vergonzosa pena.

En esos tristes encierros
Donde ni la luz penetra,
Donde mano fementida
Los trata como á las fieras,
Y tras venganzas crueles
Lo más precioso les niega,
¿Qué hacen los pobres cristianos?
Esos cautivos ¿qué esperan?
¿Aguardan acaso el día
En que Dios se compadezca
Y principie la otra vida
Y la ventura con ella;
O juzgan que llegarán,
Terminada la contienda,
A lanzar sus puros rayos
De la Religion la enseña

Dándoles la libertad
Que tanto su pecho anhela...?
Pero si pasan los días
Y su esperanza no llega,
No temen el doblegarse
A su creciente flaqueza
Y sucumbir olvidados
Bajo las paredes gruesas,
Que ennegrece la crueldad
Si la fé santa blanquea.
¿Porqué valientes no rompen
El peso de sus cadenas
Y el imperio de su raza
A la morisma no muestran?
¿Rindieron ya su valor
O es que ya corre más lenta
La sangre, que á su latir,
Formaba corriente inmensa?
¿Qué hacen los brazos que ya
El acero no manejan?
¿Por qué no va á la muralla
Y no carga la ballesta,
Y no esconde el ódio en sí,
Como aquel arma, la flecha?
Bajo los duros cimientos
De la plaza de Antequera
Tantos cautivos cristianos
Entre dolores, ¿qué esperan?

IV.

Del año mil trescientos treinta y cuatro
La primavera alegre se desliza
Y muestra todo variedad riente,
Encanto, luz, animacion y vida.

Por un angosto y desigual sendero
De la feliz region de Andalucía,
Tres frailes, bien calada la capucha,
Con ágil paso sin parar caminan.

Hollan al paso las gallardas flores
En sus bellos matices encendidas,
Que perdiendo su encanto se doblegan,
Su tallo quiebran y se caen marchitas.

Parece que la alegre primavera
Y sus galas brillantes y sencillas,
Se compadecen mal con la pobreza
Que en los humildes frailes se adivina.

Siguen su marcha, sin fijar siquiera
Los ojos en la luz del nuevo día,
Ni en las bellezas múltiples que alumbrá
La inmensa claridad del sol que brilla:

Y siguen sin parar, hasta que llegan
Al trasponer una gigante cima,
De una muralla junto al grueso poste
Bajo los piés de fortaleza altiva.

La media luna que en las altas torres
Señora de los aires se divisa,

Nos muestra que tan alta fortaleza
Es albergue no más de la morisma,
Y entre el azul del cielo en que las torres
Alzándose su furia desafían
Y la hermosa extension en que se tiende
De aquellos campos la feraz campiña,
Dan un risueño, alhagador aspecto
Donde fragantes auras se respiran,
No de guerrera fortaleza mora
Sí, de mansion, para gozar, tranquila.
Hacen los frailes, baja la capucha,
Una señal que atienden los de arriba,
Y el fuerte paso que sujetan garfios
Su pesadumbre al humillar rechinan:
Y un alto moro de mirada torva,
De luenga barba y de presencia altiva,
Ciñendo su cabeza azul turbante
Y su robusto cuerpo una loriga,
Con cuatro negros que el mirarlos solo
Repugnancia y terror á un tiempo inspiran,
Traspasando el umbral con arrogancia
Al toque del clarin el puente pisan.
Se acercan á los frailes, y escuchando
La causa principal de su visita,
«Sea en nombre de Alá», con fuerza exclaman,
Y hácia la fortaleza se encaminan.
Son estos frailes padres mercenarios
Que rescatan la gente allí cautiva;
La plaza es Antequera, y es su Alcaide
Abdallah por mandato del califa.

Y á los que le acompañan grita altivo:
— «Esa imágen quitad de la mazmorra;»
» A la torre subidla, á la más alta
» Donde las aves solitarias moran,
» Y sin piedad con fuerza y con presteza
» La despeñais sobre la abrupta roca;
» Y juro que si alguno no respeta
» Del Santo Alá la majestad y pompa,
» Su vida perderá, y en holocausto
» Haré verter su sangre gota á gota.»

Al oír los cautivos que á la imágen
Con tan viles palabras apostrofa,
Gritan altivos cual volcan que estalla
Y despiadado, cuanto encuentrá troncha,
Y uno de ellos, por todos al Alcaide,
Así le dice, en frase vigorosa:

«El emblema de Dios ¿quién inhumano
» De nuestra vista retirarlo osa?
» ¿Quién ultrajarlo sin piedad intenta
» Y no la sangre de su pecho brota?
» En los días de pena y sufrimientos,
» Del cautiverio en las eternas horas,
» En esas horas de desgracia inmensa
» Cuyo recuerdo ya jamás se borra,
» Apareció ese Cristo á nuestros ojos
» Por entre esa muralla tan medrosa,
» Cual si á través de sus profundas grietas
» Un rayo se filtrase de la aurora.
» Alguna vez por el dolor postrados,
» Cuando se cree que la vida estorba,

»Ante ese Cristo, calma le pedimos
»Y nos volvió la calma bienhechora.
»¡Cuántas veces postrados de rodillas
»Nuestra oracion se alzaba fervorosa,
»Y solo calma respiraba el pecho,
»Y solo rezos exhaló la boca!
»¿Y con furor ante nosotros mismos
»El ultrajarla vil se intenta ahora?
»No lo consentirán los fuertes brazos
»Que á Dios alhagan y al tirano ahogan.
—»Quereis salvar á vuestro Cristo», exclama
El impío Abdalah con voz tan ronca
Cual la del tigre cuya presa pierde
Cuando sus garras con placer la tocan,
—«Pues me dareis en oro lo que pese
De vuestra imágen la grosera forma,
Y que guarden los dos el equilibrio
Cuando á los dos en la balanza pongan.»
Y esto al decir, el ódio prontamente
Por su cuerpo sacrilego se enrosca
Y el vendabal de las terribles furias
Su empedernido corazon azota.

Fray Juan, confuso en la demanda queda,
Que así sus planes sin piedad trastorna.
¿Cómo dar el dinero por la imágen
Si á los pobres cautivos abandona?
Bien en su faz pintarse se veían
Esas luchas que libra el alma á solas,

En que se busca salvacion, cual busca
El náufrago infeliz la firme roca.

Y al ver su indecision que ¿quién no duda
Si en esta alternativa le colocan?

Le animan los cristianos y le dicen

«Salva primero á Dios, luego á sus obras.»

Queda un instante entre perplejo y mudo

En actitud de quien ferviente ora,

Y cobrando su calma y su templanza

Algo repuesto de su angustia, «Toma,

»Toma todo el caudal que he recogido,

»Dame á mi Dios y guarda en tus mazmorras

»Lo que yo vine á rescatar,»—exclama,

»Y ante la efigie con fervor se postra.

Arrástrala Abdallah, y con fiereza

A la balanza con furor la arroja,

Mientras fray Juan coloca una moneda,

Entre la angustia que á su pecho ahoga.

Pero apenas Fray Juan en la balanza

Colocó una moneda, una tan sola,

Se viene hácia su lado cual si fuera

No ligera moneda, dura roca.

Mudos quedaron de estupor y espanto

Y en derredor fanáticos se agolpan:

Con sólo una moneda ha conseguido,

Lo que no se lograba ni con todas.

Cada cosa seguía su camino,

El vil metal hácia su centro torna;

Y la imágen de Dios crucificado

El sendero tomaba de la gloria.

Al ver de Dios la protección creciente,
Ante su imágen con fervor se postran,
Y frailes y cristianos, todos juntos,
Ante el feroz Abdallaah sollozan.

Anonadado se encontraba el moro,
Contemplaba la imágen milagrosa
Y juzgaba aquel acto producido
Por un delirio de su mente loca.

¡Quién librará su cuerpo de veneno
Si tiene en sus entrañas la ponzoña!
¡Quién lavará la mancha cuando el alma,
En el lago sacrílego se enloda!

Al fin movido por secreto instinto
A los cristianos su mirada torna
Y les dice frenético, brotando
De su pupila llamaradas rojas:

«En el nombre de Alá tres veces santo
»Libres quedais: desiertas mis mazmorras,
»Y ese Cristo llevaos; que profana
»Nuestro divino culto de Mahoma.

»Y ya que Satanás, ante mis ojos,
»Con su poder diabólico os apoya,
»Marchad lejos de aquí, que vuestro aliento
»Es infamia letal que no se borra.»

El sol cobrando de su luz el brillo
Alegre á los objetos tornasola,
Y huye la noche misteriosa envuelta
En el opaco tinte de sus sombras.

De una abadía en la gallarda torre,
A fiesta alegre las campanas tocan;

Y de oraciones se percibe el eco
Al retumbar en su gigante bóveda.

Partió Fray Juan á rescatar cautivos
Y ya con ellos de Antequera torna;
Y con ellos tambien trae de Antequera
Una efigie de Cristo milagrosa.
Por eso rezan bajo el cláustro oscuro,
Por eso alegre la campana toca;
Que de dichas y glorias mensajero,
Será ese Cristo, protector de Córdoba.

MIGUEL DE LIÑAN Y EGUIZABAL.



